

## Pequeña antología de Juan Carlos Gea

### 1

Lisboa ha temblado por Todos los Santos.

Eso traen los correos, mi querido Herr K.

El lugar humea en ruinas, los caídos

se cuentan por decenas

de miles (hay quien dice que sesenta,

quizá setenta mil) y por toda la península

la tierra se ha cobrado

fuerte diezmo de cristianos y cascotes.

Pero el pueblo lisboeta se ha llevado lo peor:

un encono que abrumba, una saña admirable

cuyo método os obliga a dudar de su vesania

ha asolado la ciudad: Lisboa es lo que resta

después de que su suelo

se haya quebrantado con temblor nunca sentido,

y las llamas de decenas

de incendios reducido

las ruinas y los cuerpos a cal viva,

y el océano baldeado por tres veces las cenizas

y los muertos y el escombro

apagando los incendios y la cal.

Lo sentís, ya lo supongo, y os aflige.  
Y también adivináis que si os lo cuento  
no es sin más por afligiros. Doy por hecho  
que no es fácil abrumar vuestro optimismo  
y que en este mismo instante ya tensáis  
vuestra máquina de citas y argumentos  
que apuntáis hacia este terco hipocondríaco.  
No es preciso. Los conozco: “Un  
suceso deplorable –escribiréis-,  
pero nada es duradero bajo el cielo  
y lo menos duradero, nuestras obras”.  
O: “En la máquina del mundo no valemos  
más que un clavo, y herrumbroso,  
y no hay ley que nos otorgue más derechos  
que al ratón que se debate  
en la garra del halcón”.

(De *El temblor*, Ediciones Trea, 2005)

Y nosotros, río arriba todavía,  
cruzando Ponte Cestio sobre el cauce  
excavado por las aguas que sí abrieron en el suelo  
su surco y su costumbre; nosotros, que tan sólo  
podemos desgastarnos nuestras manos mutuamente  
o posarlas un instante en los pretils, tan aisladas de esta Urbe

que la vieja propaganda reputa por eterna  
para más mortificar al desterrado; tan exentas  
como esta misma nave con su forma de islote  
que remonta sin moverse la corriente,  
el fluir coloidal que disuelve sus flancos y remueve a su popa  
las señales de la espuma. Que no duran. Si esta mole de toba,  
con la fuga de los siglos borboteando tras su estela,  
no ha podido aún grabar una marca que persista  
(ni podrá), ¿qué podremos  
nosotros estas tres tardes romanas? Conque déjalo. Renuncia.  
Pliega el mapa. Simplemente, camina por las calles  
que nunca serán tuyas (ni de nadie)  
pensando en la excepción y en el regreso,  
como lo hace todo el mundo en este sitio; muestra un pasmo elegante  
ante todo el *atrezzo* que alguien cuida y mantiene  
sólo para tus ojos, y después desmontará sin ceremonias.  
Y repítete: ninguno de estos cuerpos le podría oponer  
a la intrusa fricción de nuestros cuerpos  
mucho más consistencia que el *gelatto* cuya cúpula rosada  
empieza a derrumbarse y a sudar  
con la mera cercanía de tu aliento.  
Nuestro asombro, más bien, los atraviesa  
como ellos a nosotros: sin heridas. No hay sustancia  
detrás de esta tramoya que pudiera soportar  
la agresión del aguafuerte; lo que hace que las cosas  
te parezcan erguidas, y aun perennes, mientras pasas

ante ellas, y después de haberte ido  
(porque irse en estos casos, dice Brodsky y yo lo creo,  
*es dejarlo para siempre*), se parece más bien al agua helada.  
Que se funda es cuestión  
de calor y algún tiempo. Repítete: *Aquí todo está de paso.*  
*Todo es agua que mana, incluso el río;*  
y piensa que una plancha del viejo Gianbattista,  
con los bellos arañazos de su Roma  
refundada a partir de unos cascotes  
y anegada después en tinta negra, contiene más verdad que estos sillares  
y que todas estas ruinas congeladas  
en el imperceptible ralentí  
de su desmoronamiento.

(De *Rompehielos*, Ediciones Trea, 2008)